

## FIJAR UN ESTEREOTIPO: LA FOTOGRAFÍA Y LA NUEVA VISIÓN DE LA CULTURA IBÉRICA (1898-1936).

**Susana González Reyero**  
Universidad Autónoma de Madrid

### INTRODUCCIÓN.

La arqueología española se enfrentaba, con el cambio de siglo, a la consciente necesidad de renovación frente a una tradición de estudios históricos que había quedado, mayoritariamente, al margen de las grandes transformaciones occidentales de la disciplina a partir de 1870.

Dos de los arqueólogos más conocidos de la época, M. Gómez-Moreno y J. Pijoan, denunciaban este panorama: "Carécese aquí todavía de verdaderos arsenales de estudio, (...) de bibliotecas completas y modernas. Nos faltan los grandes archivos de revistas, nos faltan las grandes publicaciones de catálogos y excavaciones..." (Gómez-Moreno, Pijoan, 1912, 5). Estas carencias constituían algunos de los retrasos respecto a sus contemporáneos europeos.

Ambos autores destacaban cómo, hasta la fecha, los estudios se habían caracterizado por "su gran acopio de materiales". Dominaba aún el afán recopilatorio, la acumulación de piezas y objetos del pasado. Frente a ello Gómez-Moreno y Pijoan señalaban cómo "España se encuentra ahora en la doble necesidad de formar un personal nuevo y de contribuir inmediatamente a la acción científica, que no admite demoras" (1912, 6).

Casi al mismo tiempo que los investigadores eran cada vez más conscientes de estas carencias uno de los descubrimientos del prolífico s.XIX, la fotografía, sufría sucesivas transformaciones que la acercaban, cada vez más, a las posibilidades de la práctica científica española.

Culturalmente asociamos la fotografía con una representación exacta de la realidad. Dicha asociación tiene su raíz en el s. XIX, cuando esta idea fue predominante. La fotografía se consideraba, por aquel entonces, como el reflejo de esta realidad, un calco que los adelantos de la química y la ciencia del s. XIX habían hecho posible. El dibujo, el otro método tradicional de representación gráfica, era contemplado como una interpretación más personal y, por tanto, susceptible de cambios. Y, sobre todo, el dibujo no poseía el halo de exactitud y veracidad que garantizaba, desde 1839, el mecanicismo de la fotografía. Como ha señalado B. Riego, la concepción positivista no discriminaba claramente *la realidad del realismo fotográfico*. Un espectador actual comprende, sin embargo, que la fotografía es una realidad transformada (Riego, 1996, 190). Esta característica la convierte en *textos visuales* con la misma validez que cualquier otro tipo de evidencia para comprender el pasado (Riego, 1996, 190) y susceptible, por tanto, de ser interpretado.

La aparición de la fotografía fue celebrada, durante la segunda mitad del s. XIX, como la panacea o solución a las necesidades que muchas ciencias, entonces en desarrollo, planteaban. La imagen fotográfica funcionó, durante la segunda mitad de este siglo, como un eficaz discurso vinculado al Progreso. La ciencia encontró en ella un auxiliar descriptivo de gran eficacia, lo que permitió reforzar la creencia -positivista- en la posibilidad de alcanzar la objetividad en el conocimiento histórico.

## LA FOTOGRAFÍA Y LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX los estudios históricos adquirieron gran parte de las características y objetivos por los que se les conoce en la actualidad. Entre otras, se fue consolidando la idea de lo fundamental de los estudios iconográficos para la comprensión de las culturas del pasado. La iconografía consistía en mirar, fijar, detener interesadamente la vista sobre el objeto.

Con la triple actividad "Mirar, dibujar, describir" -*Sehen, zeichnen, beschreiben*- comenzaba el fundamental libro de hermenéutica de Carl Robert (1919, 1); el primer gran tratado de iconografía griega. Robert insistía en que "la primera condición para una interpretación correcta es el mirar correctamente. Mirar correctamente es el mejor método de dibujar, de describir o de ambas cosas. Con el dibujo no se trata tanto de reproducir con precisión estilística la obra de arte cuanto de observar con precisión cada particularidad" (Robert, 1919, 59, nota 5). Además de "mirar con precisión" (*neben derscharfen sehen*) había algo más necesario; "reconocer correctamente" lo cual exigía un conocimiento (una familiaridad) con determinados objetos (Olmos, 1996, 48).

En efecto, se reconoce -o se identifica como perteneciente a una cultura del pasado- aquello que previamente se busca, aquellos que conocemos, es decir, aquello que ya se ha visto. El principio subyacente de toda actividad científica: se encuentra aquello que previamente se busca. De ahí la necesidad del contraste, de la verificación continua para alcanzar una objetivación de la ciencia (Olmos, 1996, 50).

Por su "exacta" representación la fotografía constituía el medio idóneo para el anhelado propósito de "objetivar" la ciencia arqueológica e histórica y proporcionar un conocimiento "objetivo" y global de las culturas del pasado.

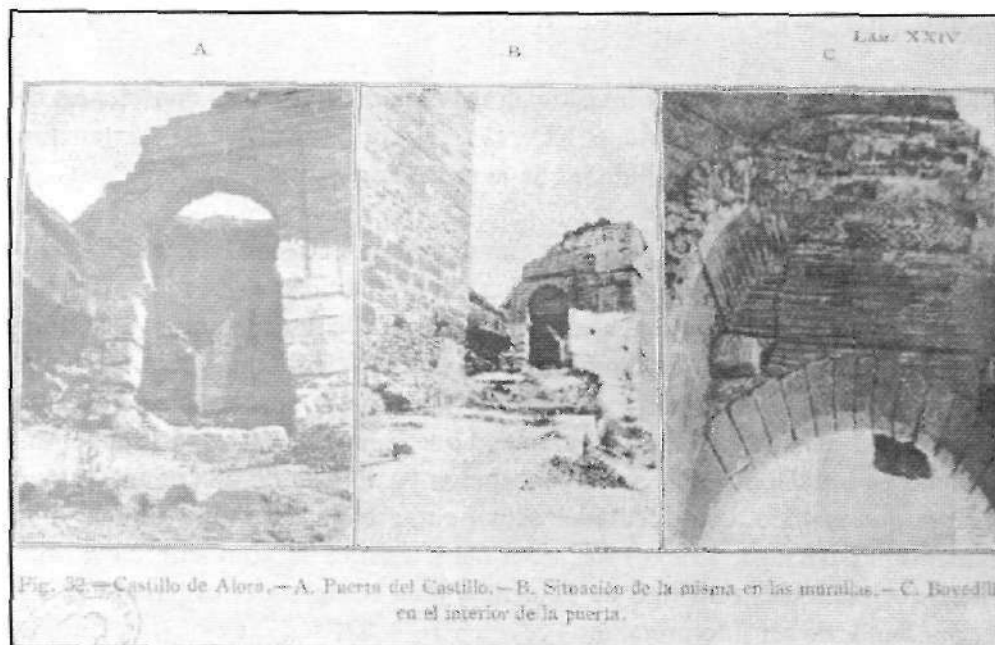


Fig. 1: La introducción de la secuencia fotográfica permitió ofrecer un mayor conocimiento de los monumentos. Se ilustran así diferentes aspectos del Castillo de Alora (Málaga). A. Puerta del castillo, B. Situación de la misma en la muralla, C. Bovedilla interior de la puerta. Según Mergelina (1925-26, Lám. XXIV, fig. 32).

## 1. Una nueva preocupación por el pasado. Hacia la institucionalización de la Arqueología.

### La institucionalización de la arqueología.

El nuevo acercamiento al estudio de las culturas del pasado se produjo ante una tradición estrechamente vinculada a la práctica dominante en el s. XIX. A mediados de este siglo la Constitución de 1845 fortaleció un modelo centralista del estado y de la identidad nacional. En este marco político se publicó la *Historia de España* de Modesto Lafuente (1850-1867), una obra que ejercería una influencia muy importante sobre las generaciones siguientes. En ella encontramos una determinada concepción sobre los orígenes de las culturas peninsulares y del pueblo español:

"Los primeros moradores de que las imperfectas y obscuras historias de los más apartados tiempos nos dan noticias son los iberos. Pero otra raza de hombres viene a turbar a los iberos en la pacífica posesión de la península. Los Celtas, hombres de los bosques, que no tardan en chocar con los Iberos, hombres del río. (...) Acaban por aliarse y formar un sólo pueblo bajo el nombre de celtíberos... Los iberos y los celtas son los creadores del fondo del carácter de lo español" (Lafuente 1850, VIII).

Por otra parte, el desarrollo de los estudios históricos y arqueológicos propició que, poco a poco, se fueron reconociendo la necesidad de proporcionarles un marco institucional. El llamado desastre del 98 aceleró estos cambios. La pérdida de las últimas colonias significó para sus contemporáneos la constatación palpable del retraso en que vivía España. Estados Unidos había ganado, no solamente con su ejército sino con una adelantada sociedad y ciencia, campos éstos a los que España no podía hacer frente. El desastre del 98 tuvo como consecuencia una serie de reacciones en la vida política, social, económica y cultural española: la pérdida de las últimas colonias en un momento en que Europa seguía definiéndose, fundamentalmente, por sus posesiones en ultramar.

Ante esta situación la respuesta colectiva fue doble. Por una parte, algunos recordaban la creencia de que los pueblos latinos estaban genéticamente menos preparados para afrontar y desarrollarse en las exigencias de la vida moderna. Estas ideas eran comprensibles dentro del neodarwinismo de la época y de las teorías sobre la incapacidad de los pueblos latinos. La segunda reacción ante el 98 se basó en una marcada voluntad de cambiar la situación, de lograr el acercamiento de España a Europa, su modernización definitiva y, con ello, su entrada en la vía del progreso y el adelanto científico.

Algunos de estos objetivos entroncaban con voluntades que encontramos antes de 1898. Así, por ejemplo, debemos mencionar la Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1876 por F.Giner de los Ríos ante la supresión de la libertad de cátedra. En dicha Institución liderada, pues, por Giner -quien, por cierto, había nacido en 1839, año del anuncio público de la fotografía- se habían ido introduciendo importantes cambios. En lo que aquí nos ocupa destacamos la práctica fotográfica en gran parte de las excursiones, actividades y recorridos ideados dentro de la Institución. Asumió, en este sentido, la realización de excursiones para conocer España. El objetivo de este excursionismo era lograr una valoración y amor por el país: apreciar sus monumentos o el vivir de los pueblos (Menéndez Pidal, 1977, 79). Igualmente fueron pioneros en la incorporación del dibujo del natural a las actividades educativas de la escuela, pasando a enseñar este importante instrumento de análisis de la realidad a sus alumnos.

Por otra parte, la reacción ante los acontecimientos del 98 provocó también la voluntad de generar las instituciones u organismos adecuados para canalizar el proceso de modernización española. De esta forma tuvieron lugar toda una serie de creaciones institucionales. En 1900 desaparecía, por ejemplo, la Escuela Superior de Diplomática (R.O. de 20 junio) quien había protagonizado la enseñanza en arqueología hasta entonces. A partir de entonces esta enseñanza pasó a integrarse en la Universidad.

Otra de las actuaciones más importantes se plasmó en el Real Decreto del 29 de noviembre de 1901 (29 de noviembre) que aprobaba el reglamento general de los Museos y la creación del *Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*. Se lograba, así, una nueva regulación de los Museos arqueológicos y el cambio de la denominación profesional de *anticuario* por la de *arqueólogo* (Hernández, De Frutos, 1997, 146).

El proceso de institucionalización se aceleró a partir de 1898 y durante las primeras décadas del XX. La creación de la primera Cátedra en la Universidad y la Ley de junio de 1911 sobre *Excavaciones y la Conservación de Antigüedades* son otras de las pautas indicativas del proceso de institucionalización. Igualmente destaca la creación de la *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* y del *Centro de Estudios Históricos*.

Según han señalado algunos autores la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas nació por inspiración de Giner y los suyos (Jiménez-Landi, 1977, 91). Aprobada en 1907, una de las principales misiones que se le atribuyeron consistió en fomentar los intercambios con el extranjero. De ese movimiento debían surgir las actitudes y personalidades que necesitaba nuestro ambiente cultural para regenerarse. Poco después, en 1910, la Junta creó otro de los espacios paradigmáticos de la época; la *Residencia de Estudiantes*.

Estas diferentes actuaciones estaban dominadas por la voluntad de Regenerar el país. Con el término de *Regeneracionismo* denominamos usualmente un movimiento cultural acelerado a partir del desastre de 1898. La trascendencia de los acontecimientos políticos hizo que los intelectuales tomaran conciencia de los males del país y comenzaran una afanosa búsqueda de soluciones. A los historiadores, escritores y arqueólogos les "dolía" España. Querían conocerla, divulgar su Historia, acercándose así a las causas -y a los remedios- del mal que le aquejaba. En el estudio de esta Historia, y pese a la tradicional historia de las fechas y los grandes actos y batallas los intelectuales de la época apostaron por un acercamiento diferente. Apostaban por la intrahistoria, por conocer a las gentes y sus vidas que proporcionaba, creían, un conocimiento mucho más realista. Este diferente acercamiento iba a producir una muy significativa transformación metodológica, adecuada a los diferentes objetivos.

## **2. El estudio del pasado entre 1898 y 1936. Reconstruir el pasado para construir el presente.**

Desde momentos anteriores a 1898 se venían anunciando diferentes tendencias en el estudio del pasado. Como ha señalado I. Fox, la Sección de Ciencias Históricas de instituciones tan significativas como el Ateneo de Madrid estaban dominadas, al menos desde 1895, por intelectuales krausistas o krauso-positivistas. Entre las preocupaciones dominantes de aquel grupo de intelectuales destaca, especialmente, la regeneración de España en un contexto histórico y nacionalista (Fox, 1997, 31).

Culturalmente la crisis generada ante los acontecimientos del 98 tuvo importantes consecuencias. Se tomó definitivamente conciencia del retraso que sufría España. Las explicaciones para ello acudieron con frecuencia al Neodarwinismo de la época y a la, ya mencionada, creencia en la inferioridad de los pueblos latinos. Pompeyo Gener, por ejemplo, argumentaba cómo la raza castellana era impura, de origen "ugro-finesa" o "turco-altaica". Era mestiza de semita y presemita. La lucha contra los sarracenos había fortificado las creencias y disminuido la inteligencia (Várela, 1999, 112). Esta inferioridad residía para otros en el "indudable origen africano de nuestro pueblo" (Moróte, 1900).

Los intelectuales estuvieron al frente de las reacciones ante el desastre. Rafael Altamira, uno de los historiadores más importantes de la época, señalaba: "Una explosión de patriotismo comprensiva de un afán de reformar nuestra vida por obra propia y de un regreso a todo lo castizo (...) animó el espíritu de las generaciones nuevas" (Altamira, 1956, 58). Se trataba de "restaurar el crédito de nuestra historia" (Altamira, 1898). La producción que se iba a realizar en estos años tenía unos marcados y claros objetivos. Se trataba de restaurar el pasado para comprender el presente.

Otra característica destacable en los estudios históricos de esta época es su marcada proximidad con el lenguaje de las ciencias naturales. Las culturas históricas pasaron a analizarse como si fuesen un organismo vivo, en clave de nacimiento, desarrollo, patologías y degeneración o muerte. La fotografía, aplicada desde momentos muy tempranos a los estudios sobre flora y fauna, se aplicó a las culturas del pasado con pautas y parámetros similares. Ofrecía, así, vistas de frente, perfil y posteriores de los objetos, tal y como había estado representando los organismos vivos en los estudios biológicos o antropológicos. Se perseguía, con ello, proporcionar una imagen lo más completa posible del objeto de estudio, natural o arqueológico.

El positivismo posterior a Darwin proporcionó el esquema intelectual, el vocabulario médico y psiquiátrico que observamos en la literatura de principios del siglo XX. La sociedad se concebía como un organismo vivo que seguía las leyes de la evolución, de la selección natural (Várela, 1999, 113). Esta pretensión de acercarse a las ciencias naturales ha sido interpretada como un intento de escapar del desprestigio que acompañaba a la historia en esta época (Bourdé, Martín, 1983).

Hechos, causas y remedios eran, según Macías Picavea, equivalentes del diagnóstico y tratamiento. En este intento de objetivar los métodos de la Historia y de otorgar la máxima veracidad a sus documentos, la fotografía aparece como un medio idóneo. Damián Isern hablaba, incluso, de la posibilidad de ofrecer "un álbum de fotografías" y aislar así "los gérmenes" de la degeneración moral (Várela, 1999, 114). La fotografía era contemplada, pues, como el instrumento idóneo para almacenar los datos que sirviesen a un posterior comprobación y estudio.

También el regeneracionismo estuvo muy relacionado, como ha señalado Várela (1999, 391, nota 12) con la literatura sobre la degeneración -familiar, colectiva, nacional- que se confeccionaba en Europa desde un punto de vista médico-naturalista. Este movimiento, de gran influencia en la España de finales del siglo XIX, proporcionaba el lenguaje médico y psiquiátrico con el que diagnosticar el mal español y señalar posibles remedios. Un subgénero de esta literatura fueron las ya mencionadas obras sobre la decadencia de las naciones latinas, como las de Colajanni, Demolins, etc. que fueron traducidas al castellano por autores regeneracionistas como Royo Vilanova.

### **3. La búsqueda de los orígenes de España y los españoles.**

Entre los objetivos prioritarios de la Historia elaborada por los historiadores y arqueólogos de las primeras décadas del s. XX figura, sin duda, la búsqueda de los orígenes de España. El acercamiento de la nueva generación se produjo desde una marcada perspectiva esencialista. Para ellos podía dibujarse una marcada continuidad, desde épocas muy remotas, en las que se encontraban algunos de los rasgos más característicos identificables con el carácter nacional. En un momento de expansión de otros nacionalismos peninsulares se trataba, como señaló R. Altamira, de observar las semejanzas más que las diferencias. El historiador debía trazar y caracterizar el recorrido histórico de esta "esencia nacional" española.

Partiendo de esta perspectiva no resulta extraño las diferentes reconstrucciones de los pueblos protohistóricos peninsulares. Si en la *Historia de España* de Lafuente (1854) el origen de los iberos se ubicaba fuera de la Península, donde habrían llegado hacia los siglos VII-VI a.C, la generación de historiadores de principios del siglo XX les confería una tradición mucho más amplia en nuestro suelo. Aunque gran parte de los autores siguieron considerando que su origen último estaría fuera de la Península, el momento de su llegada se retrasaba ahora hasta el Paleolítico. Todas las culturas que se habían sucedido con posterioridad partían de este primer contingente de población ibera. Este grupo constituía, pues, el primer colectivo en el que había que buscar las raíces de la España eterna.

En este sentido M. Gómez-Moreno, uno de los investigadores más importantes del *Centro de Estudios Históricos*, denominaba iberos al pueblo que había construido el impresionante Dolmen de Menga (Antequera, Málaga). En su artículo sobre la arquitectura de este monumento atribuía su construcción a los tartesios, defendiendo una mayor reigambre histórica para los pueblos de la protohistoria (Gómez-Moreno, 1905). Hoy sabemos que la cultura ibérica sólo aparecería muchas centurias más tarde. La denominación "ibérica" se entiende en este contexto de "otorgar raíces".

En general se prestó una mayor atención a las épocas que, según la opinión de la época, lograban encarnar mejor la supuesta esencia nacional. Emprendían, así, una búsqueda afanosa de las raíces de la nacionalidad (Várela, 1999, 160) que los recientes acontecimientos habían puesto en entredicho. En este sentido sería central en su construcción del pasado español la atención por la Edad Media y por Castilla como alma histórica de España.

El regeneracionismo buscó en la España vieja las raíces de lo español. El estudio y descubrimiento de la cultura ibérica afianzaba estas raíces, recuperaba fragmentos fundamentales de la historia nacional. En lo ibérico se buscaba -y muy especialmente en su cerámica- una expresión del alma popular de la nación, rastros de esas esencias definidoras de los española. Muchas de las escenas de esta cerámica -difundidas gracias a la fotografía- se interpretaron como retratos de fiestas (Olmos, 1994, 314). Este acercamiento perduró e incluso A.Blanco, en 1981, hablaba de las cerámicas de Elche: "como si sus modelos hubiesen brotado del rico torrente del espíritu popular" (Blanco Freijeiro, 1981, 62).

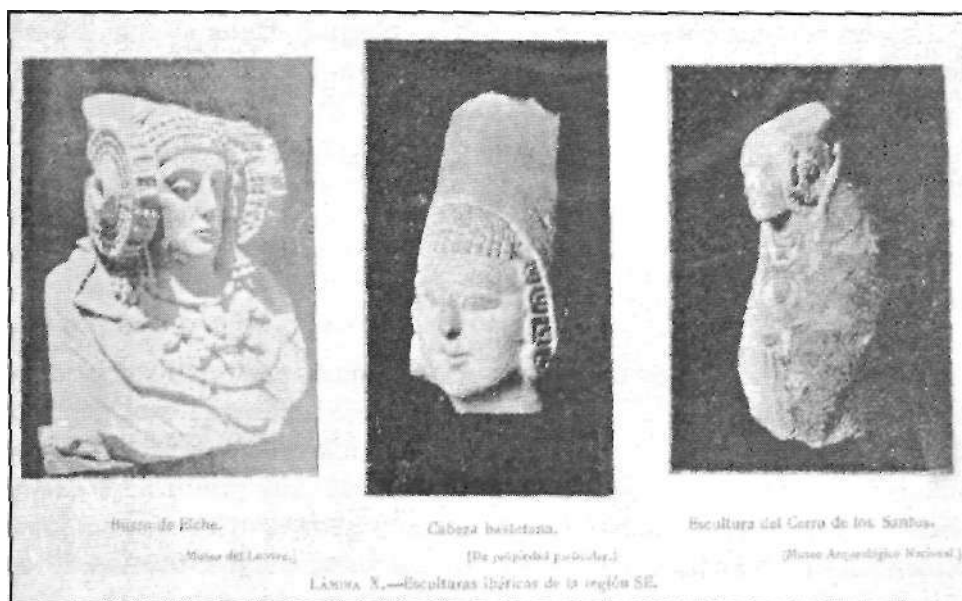


Fig. 2.: La fotografía como instrumento de comparación entre varios ejemplos escultóricos de la cultura ibérica. La Dama de Elche y dos esculturas del Cerro de los Santos. Según Mérida (1906b, lám.X).

## EL SIGLO XX. CAMBIOS EN LA TÉCNICA FOTOGRÁFICA.

Por los mismos años en que se creaba la Institución Libre de Enseñanza y se avanzaba hacia el fin del s. XIX, la técnica fotográfica experimentaba grandes y decisivos cambios que iban a transformar su práctica.

Hasta el último tercio del s. XIX la fotografía requería una serie de conocimientos considerables en química y una inversión importante para la época. Además, su práctica no estaba exenta de incomodidades y riesgos en situaciones tan comunes para el arqueólogo e historiador como viajes, excursiones, temperaturas extremas, etc. Era imprescindible el uso de trípode, los negativos alcanzaban gran tamaño cuando no eran de cristal, etc.

Estas circunstancias no impidieron que se crease, sobre todo en Francia, Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos, un mercado creciente y una demanda cada vez mayor de fotografías. Nuestro país siguió un ritmo diferente. Uno de los aspectos fundamentales para la práctica fotográfica era el disponer de una buena distribución y abastecimiento de los productos necesarios. Este aspecto fue problemático para la temprana práctica fotográfica en España ya que los productos venían, por lo general, del extranjero. Esta carencia en la distribución provocó, por ejemplo, que tempranos aficionados como Ramón y Cajal llegaran, incluso, a fabricar personalmente sus placas para los negativos fotográficos.

En este ambiente se produjo la presentación de las placas al gelatino-bromuro de plata (1871). Anunciadas por Richard Maddox en el *British Journal of Photography* estas placas presentaban, gracias a su emulsión, ventajas fundamentales. Por una parte, podían ser sensibilizadas varios meses antes de su utilización. El fotógrafo ya no tenía que aplicar esta emulsión justo antes de la toma. Esto aligeraba su equipaje de productos químicos y, sobre todo, hacía que personas que no disponían de estos conocimientos químicos pudiesen acceder a la fotografía. Igualmente, el revelado de la toma podía realizarse bastante tiempo después. La emulsión disponía, a su vez, de una mayor sensibilidad, por lo que el tiempo de apertura era considerablemente menor. La empresa *Liverpoll Dry Plate* fue la primera en comercializar este producto generalizado, realmente, a partir de 1880.

Algunos acontecimientos importantes, como la Exposición Universal de Barcelona en 1888, pusieron a España en contacto con muchos de los adelantos -incluidos los fotográficos- que se estaban generalizando en el mundo occidental. Al mismo tiempo se dieron sucesivos pasos encaminados hacia un mayor reconocimiento institucional de la fotografía. Así, en 1911, los profesionales consiguieron un importante logro: el reconocimiento de la propiedad intelectual del fotógrafo, lo que hacía obligatorio que sus nombres apareciesen al pie de las imágenes.

Pero el cambio más significativo en aquel momento fue el descubrimiento, ya mencionado, de la emulsión al gelatino-bromuro. En España uno de los primeros profesionales en usar dicha emulsión fue Felipe Picatoste quien, en su *Manual de Fotografía* editado en 1882 en Madrid, declaraba cómo el gelatino-bromuro "está llamado a ser el procedimiento del porvenir". Algunas significativas publicaciones como el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* se hizo eco, pocos años después, de las transformaciones que estaban ocurriendo. Así, el 1 de octubre de 1893 publicaba: "El lionés Mr. Louis Lumière acaba de hacer una revolución científico-artística de la fotografía. Por medio de una preparación especial de las placas que emplea, obtiene en el espacio de media hora una reproducción fotográfica irreprochable de colores".

Junto con estas transformaciones las cámaras también evolucionaron. Las más populares en la década de los años 80 fueron los estereoscopos de doble objetivo: "Este aparato se ha hecho tan de moda que apenas hay casa que no lo tenga" (Picatoste, 1882, 177). La cámara más interesante fue comercializada por Kodak en 1888 siguiendo el desarrollo de los modelos Eastman Waiker (1885) y Cossit (1886) que permitía la toma de 100 vistas con película en rollo.

Entre 1900 y 1910 la técnica fotográfica avanzó considerablemente. París seguía siendo la capital de referencia para los profesionales españoles. Tanto dejar a las cámaras como a los objetivos la oferta era muy variada. Las cámaras se dividían en tres grupos generales; los aparatos instantáneos, los "de campaña" y los de "taller o salón". Las primeras eran de uso general, mientras que el resto se consideraban profesionales. A pesar de estas novedades los materiales utilizados en el paso del s. XIX al XX eran prácticamente los mismos que un cuarto de siglo atrás: cámaras de gran formato, objetivos con distinta luminosidad y los tradicionales fondos y decorados.

Durante la segunda década del s. XX la fotografía adquirió mayor protagonismo debido a la guerra del Rif, al progresivo desarrollo del reporterismo gráfico y al desarrollo del fotograbado (Sánchez Vigil, 2001, 194). Este último contribuyó, de manera fundamental, a la difusión de las imágenes fotográficas. Invento del alemán Georg Meisenbach, fue patentado en 1882 y permitía la impresión conjunta del texto y la imagen. En España se aplicó en primer lugar en conocidas publicaciones como, por ejemplo, la *Ilustración Artística*, que editó la reproducción de varios cuadros mediante esta técnica (Sánchez Vigil, 2001, 206). Considerablemente más barato que los métodos anteriores, el fotograbado permitió la difusión masiva de los fondos de los archivos fotográficos.

Los fotógrafos aficionados comenzaron a constituir un número importante en el primer tercio del s. XX. Ya en 1899 se había creado la *Sociedad Fotográfica de Madrid*, la más relevante en los primeros años del s. XX. El regeneracionismo provocó también un gran movimiento asociativo en clubes, sociedades excursionistas, foros, etc. En la última década del siglo XIX comenzaron a incluirse fotografías en las publicaciones excursionistas como una referencia imprescindible. En la difusión de las características naturales y socioculturales de una zona geográfica la imagen era el referente ideal. Muchas de estas instituciones promovieron -como las sociedades excursionistas- la práctica fotográfica. Destacan así asociaciones como la *Associació Catalana d'Excursions Científiques* (1876) y la *Associació d'Excursions catalana* (1878) precursoras del *Centre Excursionista de Catalunya* (1892). Igualmente destaca la actividad de la *Sociedad Alpina Peñalara*, el *Centre Excursionista de Lie ida*. En el caso de la Sociedad Española de Excursionistas (1893), la utilización expresa de la fotografía aparece en sus estatutos. Entre sus fines estaba, en efecto, "reproducir los objetos y monumentos notables por medio del dibujo y de la fotografía" (estatutos de la Sociedad Española de Excursiones capítulo VII art. 5, apartado 4, punto 3, Boletín, año I, n° 1, 1 de marzo de 1893). Otras asociaciones, cuya finalidad principal no era la fotografía, se sirvieron frecuentemente de ella para difundir sus actividades. Algunas, como la *Real Sociedad Española de Historia Natural*, llegaron a publicar varios libros ilustrados.

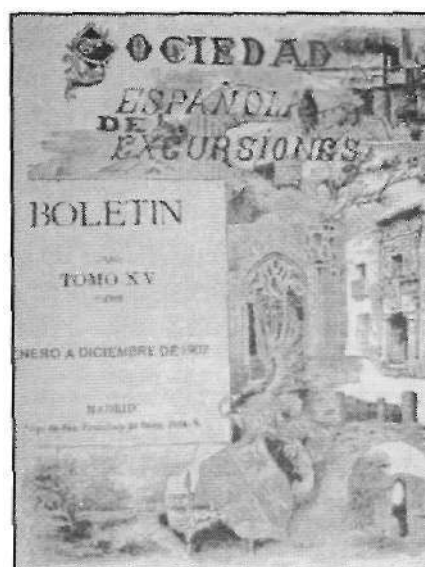


Fig. 3: Portada del tomo XV del *Boletín de la Real Sociedad Española de Excursiones* (Madrid 1907) publicación que contribuyó a la difusión de la práctica fotográfica y al mejor conocimiento del patrimonio y las culturas del pasado.



Otra de las primeras utilizaciones de la fotografía en los estudios históricos las protagonizó Amatller. Fundador de un conocido archivo en Barcelona -*Archivo Amatller d'Art Hispànic*- destacamos sus fotografías, que recogieron gran parte del patrimonio peninsular. Recurrió a otras tomas, como sus vistas estereoscópicas de Oriente, Egipto y Marruecos para sus conferencias en el *Centre Excursionista de Catalunya*, del que era socio.

Estas entidades publicaron a través de sus boletines diversos trabajos de sus miembros. Las ilustraciones, generalmente fototipias, fueron realizadas en los talleres de Hauser y Menet (Madrid) y Joseph Thomas (Barcelona), lo que aseguraba una excelente calidad de impresión. En la primera década del s. XX las fotografías del *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* fueron realizadas, sobre todo, por Julio Altadill (Pamplona), José González (Soria), Peñuelas (La Coruña), J.Simarro (Játiva) y José Macpherson conocido, éste último, por sus exploraciones y publicaciones arqueológicas, como la de la Cueva de la Mujer (Granada) (Macpherson, 1870-1871; 1876).

Destacable fue también la actividad del *Centre Excursionista de Catalunya*, que, en su *Boletín*, cuidaba al máximo las reproducciones. En él informaba también de las actividades de la sección fotográfica, a cargo de Enric Vilaseca. La Sociedad Alpina Peñalara difundió también sus actividades y trabajos fotográficos gracias a sus boletines. De ella fue miembro el conocido medievalista Torres Balbás, quien también participó en el primer Salón Internacional de Fotografía celebrado en Madrid en 1921. Como consecuencia de este movimiento asociacionista el interés por la fotografía aumentó en todo el país durante estos primeros años del s. XX. Desde los ambientes excursionistas se practicó una constante invitación al viaje y al conocimiento de los monumentos e historia a través de la fotografía. Así, ésta experimentó una notable expansión a partir de la primera década del s. XX para decaer algo en la segunda (Sánchez Vigil, 2002, 215).

Conscientes de aumento de la demanda de fotografías en las publicaciones Pelayo Mas recorrió el país captando imágenes para aumentar los fondos del archivo creado por su padre, Adolfo Mas, en la Barcelona de principios de siglo. Diferentes viajes le permitieron ir aumentando este importante archivo, utilizado recurrentemente por algunos de los arqueólogos e historiadores más importantes de la época. Durante los años 20 se editaron gran número de guías turísticas, algunas de ellas por parte de los mismos fotógrafos. En 1927 la Junta Protectora de la Cueva de Altamira publicó un folleto en inglés con evidente finalidad turística. Aparecía ilustrado con varias fotografías de Cevallos, en varias láminas fuera de texto (VVAA, 1927).

Algunas de las personalidades más significativas de la época como Ramón y Cajal apreciaron las posibilidades de conocimiento visual que les ofrecía la fotografía. En 1932 Ramón y Cajal se refirió a su afán coleccionista (de postales) como resultado de una "manía fototurística". España se iba, pues, incorporando al proceso de utilización de la fotografía. En términos generales, y hasta 1936, la utilización de la fotografía aumentó progresivamente en nuestro país (Sánchez Vigil, 2002, 232).

## LA FOTOGRAFÍA Y EL ESTUDIO DEL PASADO.

Al hablar de la ciencia del s. XIX y, en especial, de las ciencias históricas en particular, hay que dejar constancia de la importancia que tuvo la irrupción del positivismo. Autores como Casiano del Prado, Vilanova y José Amador de los Ríos, es decir, buena parte de los que hicieron de la prehistoria española una disciplina científica se autodenominaron "positivistas". Sin embargo, se ha argumentado cómo, en rigor, no deben tomarse por positivistas ya que no seguían las doctrinas de Comte (Ayarzagüena, 1992, 52). Sí defendieron la importancia de lo "positivo", recogiendo la doctrina del empirista Saint-Simón (1760-1825) inventor del término positivista (Ayarzagüena, 1992, 53).

En la ciencia peninsular existieron dos fundamentales acercamientos al estudio del pasado: el llamado paradigma erudito y el naturalista. Al igual que en el resto de Europa, los partidarios del modelo naturalista provenían de las ciencias geológicas o naturales y se dedicaron al Paleolítico, el Neolítico y la Edad del Bronce. El modelo erudito se apoyaba de manera fundamental en los textos clásicos, con los que podían reconstruir aspectos hasta la protohistoria (Ayarzagüena, 1992, 54). Las publicaciones resultantes de la aproximación erudita tenían, por lo general, ciertas características. En primer lugar podríamos citar la preocupación por la nomenclatura y la descripción. Esta metodología se había adaptado, en parte, de la disciplina de historia del arte. En segundo lugar resultaban también fundamentales *cuestiones como*: "¿A que se parece?" y "¿con qué aparece?". Estas preguntas, instrumentos para la comparación, tenían como objetivo encuadrar estas culturas dentro de otras ya conocidas y estructuradas del mediterráneo.

La fotografía desempeñó un papel fundamental en este proceso de caracterización de la cultura ibérica al que nos referimos con la pregunta "¿A qué se parece?". Su mayor difusión permitió el acceso a los descubrimientos que se estaban produciendo en otras áreas así como la rápida difusión de los hallazgos más diversos. Sobre todo, posibilitó la comparación entre elementos a los que antes sólo se podía acceder mediante descripciones.

En la difusión de estos descubrimientos resultó fundamental la intencionalidad con que se había tomado la imagen. El resultado -el objeto o monumento observado- podía ser muy diferente. El descubrimiento de la intencionalidad en la producción de la imagen ayuda en una más correcta interpretación del documento fotográfico. Esta intencionalidad resulta de gran importancia ante el establecimiento de comparaciones como ayuda al conocimiento. Por ejemplo, nuestra visión sobre las fotografías de Luis de Ocharán sobre "El Quijote" toman un carácter diferente al valorar la reivindicación del pasado tras el desastre del 98. Los intelectuales de principios de siglo encontraron elementos de orgullo en figuras como las de Cervantes que parecían responder al "alma" nacional (Riego, 1996, 194).

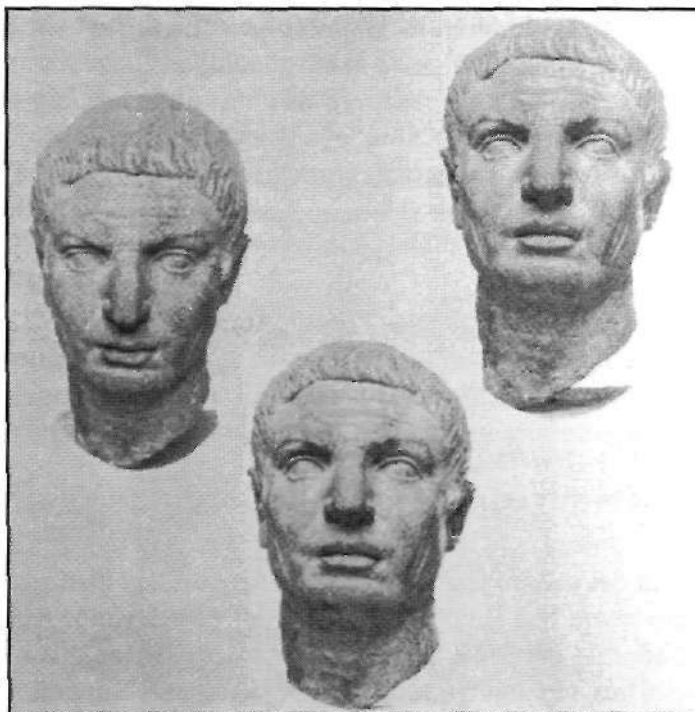


Fig. 4: La importancia de la elección del punto de vista para la interpretación. Tres fotografías de un mismo objeto tomadas desde un punto de vista alto, a la altura de los ojos y bajo. Las diferencias en los volúmenes son tan notables que sería difícil, establecer comparaciones basándose en ellas. *Musée Lapidaire*, Avignon. Según Chéné, Foliot y Réveillac (1999, 22, fig. 13 a,b y c).

En resumen, partimos de la idea de que, desde el punto de vista histórico, un texto visual a estudiar en relación con los valores vigentes de la época en que fue producido. Unas fotografías en que aparece un tren tenía, ya para el espectador del s. XIX, ciertas connotaciones vinculadas al progreso. El humo se constituía, en efecto, en un símbolo visual de ese progreso (Riego, 1996, 195) .

## 1. El Catálogo Monumental de España.

El Catálogo Monumental de España fue uno de los proyectos más característicos del cambio de siglo y de los nuevos objetivos del estudio de los monumentos. Su planteamiento venía a contrarrestar la carencia de *Corpora* adecuados para censar toda la riqueza artística y patrimonial de la nación<sup>1</sup>. Además, estuvo ideado y defendido por personajes -fundamentalmente Riaño- muy vinculados con los logros científicos de la Europa de su tiempo. En lo que aquí nos ocupa el Catálogo Monumental se convirtió en un defensor e incorporador de la técnica fotográfica a los estudios históricos.

El ideólogo y promotor de los Reales Decretos de 1900 (1 de Junio) y 1902 para la designación del Catálogo Monumental de España fue Juan Facundo Riaño, Director de la Real Academia de San Fernando y señalado partícipe de los ideales de la generación del 98 (González, Carrasco, 1999, 13). Juan Facundo Riaño era un conocido arabista y arqueólogo granadino, formado en Inglaterra y yerno del erudito y bibliófilo sevillano Pascual Gayangos. Era un estudioso de corte europeo, conocedor de las corrientes interpretativas existentes fuera de España y con el propósito de renovar su ambiente cultural. Además de su cargo en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, era senador y ex-ministro del Estado y miembro de la Academia de la Historia.

Aprobado por el Ministerio de Fomento, el Real Decreto del 1 de junio de 1900 indicaba que se "llevase a efecto la catalogación completa y ordenada de las riquezas históricas de la nación". Como consecuencia de esta magnífica declaración de intenciones se encargó el primero de los Catálogos Monumentales de España, el de Ávila. El nombramiento del joven Gómez-Moreno para este trabajo se vio acompañada, como es conocido, de numerosas reticencias por parte de varios académicos consagrados, entre los que destaca Amador de los Ríos. Su elección estuvo motivada, quizás, por el hecho de que la catalogación exigía un trabajo de campo duro y largo y por la novedad de enfoque necesaria.

En las disposiciones legales del Real Decreto se recogieron diferentes normas para la organización del trabajo. Así, por ejemplo, la unidad básica de catalogación era la provincia, que se agrupaban en tres secciones: la primera, las de los antiguos reinos de Castilla-León, la segunda Andalucía y Extremadura, y la tercera la de la corona de Aragón y Navarra. Cada sección dirigida por una persona, propuesta **por las** Comisiones Provinciales de Monumentos, con el asesoramiento de las Reales Academias de San Fernando y de la Historia, y nombrada por el ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. La confección del inventario tenía dos fases: una de investigación y otra de redacción. El Real Decreto, y por tanto las personas que planeaban este novedoso "inventario" de la nación, disponía que se dedicaran unas líneas a la historia, otras a la descripción y estudio de los monumentos. Éste se completaría con la aportación de *planos, dibujos y fotografías*<sup>2</sup>. Se señalaba como imprescindible la investigación en archivos y bibliotecas, tanto públicas como privadas.

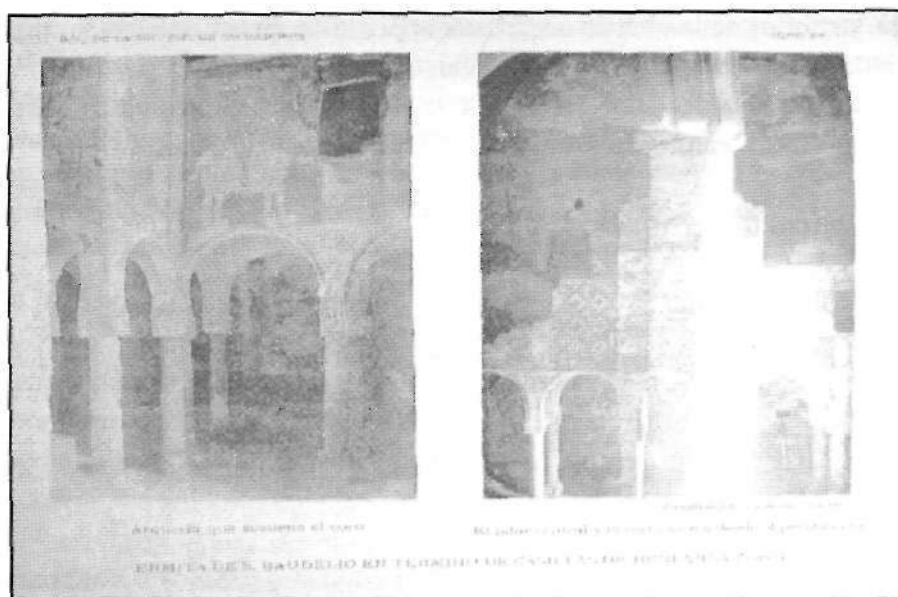


Fig. 5: El carácter testimonial de la fotografía se ejemplifica en estas tomas de San Baudelio de Berlanga (Soria) antes de su marcha al extranjero (EEUU) en 1926. Según Álvarez y Mélida (1905, 148-149) Boletín de la Real Sociedad Española de Excursiones, Madrid.

Los decretos fijando las normas para el Catálogo Monumental determinaron, pues, el uso de la fotografía como técnica de documentación y facilitadora de un posterior estudio. La catalogación debía hacerse directamente recorriendo y fotografiando toda la provincia, lo que constituía una novedad en España si tenemos en cuenta que instituciones como la Academia de la Historia funcionaban gracias a los envíos de los Correspondientes. Sabemos, por ejemplo, que Gómez-Moreno tuvo que adquirir, para el catálogo de Ávila, una máquina fotográfica. Según relata su hija M.E. Gómez-Moreno adquirirla era "grave asunto, pues era cara y su pequeño sueldo de profesor de Arqueología en el Sacromonte granadino no daba mucho de sí. Al fin, encontró una, cara (500 ptas.) pero apropiada: buenas lentes, placas de cristal de 13 x 18, caja de madera y trípode" (Gómez-Moreno, 1983).

Con su proyecto Juan Facundo Riaño y el entonces Ministro de Fomento, el Conde de Romanones, impulsaron al incorporación de la fotografía favoreciendo su aplicación por parte de diferentes investigadores y sentando nuevas bases que habrían de guiar, en adelante, la realización de los *Corpora* de patrimonio.

## 2. Nuevo siglo, nueva metodología de investigación. El CEH.

La historia del s. XIX se caracterizó por estar orientada básicamente a la narración y caracterización de los acontecimientos políticos. Paulatinamente de asistió a una mayor profesionalización de los estudios históricos y su concentración en universidades y centros de investigación. Con la llegada nuevo siglo, tanto la francesa escuela de los Anales como la aproximación marxista buscaron modelar una investigación histórica más próxima de las ciencias naturales. Central en este proceso de profesionalización fue la creencia en el estatus científico de la historia (Iggers, 1997,2). La arqueología fue evolucionando gracias a ciertos métodos tomados de la filología y de la geología. Se hizo entonces más clasificatoria y serial y fue adquiriendo el carácter de una disciplina auténticamente científica (Ayarzagüena, 1992, 60). Para su progreso acudió cada más a la excavación.

La crisis de finales del s. XIX produjo una reacción que se plasmó, entre otros aspectos, en lo que se pensaba una necesaria europeización de España y la mejora de su educación científica (Fox, 1997, 97). En la consiguiente creación de instituciones educativas destacamos la del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, aparecido en 1900. Bajo el Gobierno liberal de Canalejas se fundó, en 1907, la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. En teoría dependiente de ésta se creó, mediante Real Decreto de 18 de marzo de 1910, el Centro de Estudios Históricos. Las funciones que se le encomendaron eran muy amplias. Debía investigar las fuentes y preparar publicaciones sobre los documentos existentes. Debía también organizar exploraciones para estudiar diferentes monumentos. En su actividad debía iniciar también a la investigación a un corto número de alumnos, debía formar bibliotecas especializadas en las diferentes materias y establecer un contacto duradero con centros extranjeros (Várela, 1999, 229). En definitiva, su misión fundacional consistía en emprender una investigación sistemática del pasado nacional.

El esquema de trabajo ideado para el CEH se basaba en la acumulación de materiales de investigación, considerados fundamentales para reconstruir la historia patria. España carecía de esta fase recopilatoria o de *corpora*, realizada en muchos países durante el siglo XIX y que resultaba básica para estudios posteriores. En las directrices fundamentales se rastrea una predominancia de la tendencia historicista de "atención al dato documental" por encima de la interpretación (Lecea, 1989, 526).

La creación del Centro de Estudios Históricos supuso un cambio fundamental en la redacción de la Historia. Metodológicamente el Idealismo se mezclaba con el Historicismo alemán y con el acercamiento positivista. Tras su encomiable acción podemos vislumbrar objetivos comunes con su época. El afán nacionalista y la búsqueda de la identidad de España habrían estado presentes tanto en los trabajos de Menéndez Pelayo como en los de Costa, así como en los de Hinojosa y Altamira (Lecea, 1989, 520). El regeneracionismo al que hemos hecho referencia veía en la historia el vehículo pedagógico adecuado para educar al pueblo español (Lecea, 1989, 521).

Según han señalado algunos autores, y a pesar de la influencia de las escuelas historicista y positivista, la perduración del ideal nacionalista como objetivo hace posible seguir hablando de un ingrediente idealista. Una de las finalidades fundamentales de estos estudios históricos era, en efecto, la construcción de un ideal histórico de la nación. En esa postura se han situado figuras como Hinojosa<sup>3</sup>, y también a Altamira, que buscaban afanosamente el carácter científico de la historia (Lecea, 1989, 521). Así, mientras adoptaban formas positivistas e historicistas -sobre todo en la metodología de trabajo- la finalidad idealista continuó siendo clave en la interpretación.

El Centro de Estudios Históricos aspiraba a realizar una historia científica en la que primasen los hechos comprobados, las realidades y no las hipótesis. El modelo, por ejemplo, de C. Sánchez Albornoz era el de la ciencia físico-natural del siglo XIX. Para él los hechos, físicos o históricos, estaban al alcance del historiador, éste podía llegar a su conocimiento. Una vez efectuadas las operaciones necesarias, los hechos aparecerían con toda nitidez. Comparaba incluso estas operaciones a las del fotógrafo que se acerca a la realidad: Una buena obra de historia era, en su opinión, como una buena fotografía. Se trataba de, cómo había indicado Ranke tiempo atrás, de "conocer cómo ocurrieron los hechos". Para ello, el historiador señalaba cómo "me he despersonalizado y objetivado ante la realidad histórica que los documentos y las crónicas me brindaban" (Sánchez Albornoz, 1973, 111). Por su parte,

Hinojosa utilizaba el método comparado de la escuela jurídica, basado en el rigor del dato, depurado para huir de todo cambio respecto de las fuentes originales (Lecea, 1989, 521).

A partir de su viaje a Alemania E.Hinojosa defendería la teoría, adelantada por el Romanticismo, de que era en la Edad Media cuando se habrían configurado los nacionalismos europeos, y, por tanto, el punto de partida de cualquier intento de Historia nacional (Lecea, 1989, 521). Consecuentemente con esta creencia de la época, el Centro dedicó buena parte de sus esfuerzos a la etapa medieval peninsular.

Sin duda uno de los historiadores más importantes de principios de siglo fue Rafael Altamira. Altamira, jurista e historiador, forjó un método histórico que declaró científico y que era deudor de un organicismo naturalista y del propio historicismo. Su obra histórica más importante es *La Historia de España y de la civilización española*, cuyos cuatro volúmenes se publicaron por primera vez entre 1900 y 1911. Más allá de los grandes hechos políticos, este libro suponía una novedad por su atención a la historia económica, social y constitucional. En su reedición de 1928-30 Altamira incorporó fotografías, por ejemplo, de lo que era ya un símbolo de la cultura ibérica, la Dama de Elche.

Estos fotograbados ilustraban la concepción de los iberos que difundió R.Altamira. El historiador se interrogaba sobre el origen y formación de esta cultura: "Aceptando los iberos -como generalmente se acepta- a título de representación colectiva de la más antigua población española de que tuvieron noticia los autores del tiempo de Varrón y los que les sirvieron de fuentes, ocurre en seguida preguntar quienes eran estos iberos, de dónde procedían, que relación guardaban con las razas paleolíticas; en qué fecha llegaron a España... (Altamira, 1928, 60). Ninguna de estas preguntas encontraba, como señalaba, respuesta segura. El origen de los iberos era, como recogió Altamira, un aspecto problemático. Desde quienes los creían autóctonos, lo que suponía una novedad respecto a la posición historiográfica del s. XIX, a otras posturas. "La mayoría- apuntaba Altamira- da por más segura la procedencia asiática más o menos directa de los iberos, que llegaron a la Península en los tiempos inciertos de los prehistóricos. (...). Los iberos entraron en España por el sur, es decir, viniendo por el litoral N. de África, donde dejaron grupos de población. (...) restos de ellos serían los vascos actuales y los bereberes del norte de África (Altamira, 1928, 61).

Altamira se declaró contrario a una historia que reuniese materiales para demostrar una tesis de gran amplitud. Frente a esta práctica anterior, el historiador debía reprimir su fantasía, su labor era modesta como la del naturalista y consistía en observar o ser testigo de los hechos. Si generalizaba mediante leyes debía advertir del carácter provisional de las mismas. Actuando así Altamira pensaba que el historiador podía alcanzar un saber seguro que podían comprobarse como ocurría en las ciencias naturales (Altamira, 1904). Consideraba, además, que el hecho fundamental de la historia era la aparición de las naciones y pueblos como sujetos diferenciados. La nación era el organismo vivo objeto de estudio. Por ello se debía investigar sus notas constantes; la esencia del pueblo español a lo largo de su historia. En definitiva, la concepción de la historia planteada con el cambio de siglo tenía mucho en común con ideas expresadas con anterioridad con Giner. En términos más próximos al idealismo alemán Giner había hablado del estudio y caracterización de la Idea esencial (Várela, 1999, 102).

La concepción de la historia iba, pues, confirmándose como un saber riguroso que debía adoptar procedimientos de las ciencias naturales y, especialmente, de la biología (Várela, 1999, 100). La historia como ciencia también había sido reclamada por Joaquín Costa y Pedro Dorado. La secuencia de

la investigación científica "positiva" había sido resumida por éste último en dos fases fundamentales: La reunión de los datos y la exposición de inducciones, síntesis y generalizaciones. Actuando así, el historiador "procedía forzosamente lo mismo que proceden los cultivadores de las llamadas ciencias naturales o experimentales" (Dorado, 1908). Gurmésindo de Azcárate se declaraba también partidario de este método en su discurso de entrada en la Real Academia de la Historia: recopilar los hechos, ordenarlos y explicarlos.

Aunque hoy conocemos las diferencias entre las llamadas ciencias naturales y las sociales, en el período estudiado gran parte de los historiadores compartieron el optimismo que habían generado las ciencias naturales. Se trataba de la creencia de que, generalmente, una investigación controlada metodológicamente producía que un conocimiento objetivo fuese posible y alcanzable. La verdad consistía en la correspondencia entre el conocimiento y una realidad objetiva que, en el caso del historiador, era el pasado "tal y como había ocurrido" (Iggers, 1997, 2).

La Sección de Arqueología y Arte Medieval del Centro de Estudios Históricos llevó a cabo un programa de actividades bastante ambicioso. Incluía el arte asturiano, cordobés y toledano de la alta Edad Media, la arquitectura leonesa, etc. Para llevar a cabo estos estudios se programaban excursiones a Toledo, Valladolid, Palencia, León, Orense, Asturias, Santiago y Pontevedra, entre otros. La fotografía, como forma de registro veraz y realista, estuvo siempre presente. Igualmente se confeccionaron monografías ilustradas de iglesias de la Alta Edad Media y de códices españoles del siglo X (Gamero, 1988, 108).

El Centro asumió, como parte del censo o *Corpora* a realizar, el proyecto de un fichero de arte. Este proyecto llevó a una sistematización de la catalogación y al establecimiento de ciertas normas clasificatorias. La comparación se convirtió en un instrumento fundamental de análisis. La respuesta a la pregunta: "A que se parece?" irá compaginándose, poco a poco, con otra pregunta más contextual y arqueológica: "¿con qué aparece?" (Olmos, 1994, 319).

La idoneidad aparente de la fotografía y la progresiva simplificación de sus métodos hicieron que se convirtiese en una práctica personal por parte de muchos de los miembros del CEH y que fuese cada vez más frecuente. Como ejemplo podemos citar el recorrido de Ramón Menéndez Pidal en 1900 para documentar los posibles rastros del itinerario del Cid. Para ilustrar ciertos aspectos lo más verazmente posible utilizó una cámara Kodak modelo 96 del año 1891.

### **3. La fotografía y la caracterización de la cultura Ibérica.**

El incremento de la utilización de la fotografía para los estudios históricos del pasado se produjo en un momento en que se estaban produciendo gran cantidad de nuevos descubrimientos sobre la cultura ibérica<sup>4</sup>. Paulatinamente, y gracias a los hallazgos difundidos mediante la fotografía, se fue corroborando la existencia de una cultura de gran entidad peninsular anterior a la llegada romana. La fotografía, cuyas imágenes eran, según la creencia de la época, reflejos fieles de la realidad, aparecía como el instrumento idóneo para facilitar un rápido intercambio y discusión científica. Era asimismo, el medio apropiado para las comparaciones más variadas con objetos incluso de otras zonas mediterráneas, en la búsqueda de las frecuentes entonces explicaciones difusionistas para el cambio cultural.



Fig. 6: Estudio comparativo entre esculturas de la protohistoria mediterránea-detaca la Dama de Elche- y varios ejemplos contemporáneos. Según Mélida (1906a. lám. VI).

A continuación mencionamos, muy brevemente, dos de las figuras centrales del período, J.R. Mélida y P.Bosch Gimpera. Ambos desarrollaron una investigación fundamental respecto a la cultura ibérica en la que hicieron un importante uso de la fotografía.

- *J.R. Mélida Alinari.*

Constituye, sin duda, uno de los investigadores centrales en las primeras décadas del siglo XX pero, también y muy especialmente, en el estudio y caracterización de la cultura ibérica. En el discurso de entrada en la Real Academia de la Historia de J.R.Mélida (1906b) se puede detectar una aproximación paniberista con continuas referencias a la obra de Vilanova y Piera. Mélida concebía en este momento a los iberos como un pueblo llegado de África en el Paleolítico y que se habría ido incorporando a la civilización gracias al contacto con otros pueblos, como el egipcio, el micénico y el cartaginés. El factor céltico tan sólo habría sido una intrusión tardía. La importancia de la estructuración elaborada por Mélida radica en su carácter de puente entre las teorías anteriores de Rada y Delgado y la posterior teoría hispánica de Gómez-Moreno (Ruiz, Sánchez, Bellón, 2000, 9).

El período ante-romano había sido objeto, por lo general, de una escasa atención (Mélida, 1906, 8). Mélida se desmarcaba así de algunas afirmaciones anteriores, como él mismo explicaba "en más de una manual aparecen juntas las poblaciones de iberos y celtas, tan distantes en miles de años; la primera está considerada como la que dejó su huella en la formación geológica cuaternaria, y la segunda se registra como acontecimiento notado en el suroeste de Europa a principios del s. IV a.C., habiendo ocurrido en el intermedio los repetidos viajes a nuestras costas de las distintas gentes fenicia y griega, que fundaron importantes colonias y ejercieron indudable influencia en los naturales" (Mélida, 1906,



8). Y "este hecho capital, que constituye toda una evolución, la primera que sufrieron los españoles desde el más remoto y oscuro prehistorismo hasta la luz de la civilización". Mérida se declaró, pues, partidario de defender una llegada foránea de los iberos. Estos primitivos habitantes, a los que incluso consideraba como raza habían "venido del sur, del mediterráneo" (Mérida, 1906, 14).

Si bien durante los años finales del XIX no parece que Mérida practicase personalmente la fotografía, sí la incorporó a varios de sus trabajos editados de esta época, gracias a la fototipia (Mérida, 1897; 1915). En publicaciones posteriores, como en la obra *Monumentos romanos de España. Noticia descriptiva*, Mérida en persona se encargó de efectuar buena parte de las fotografías (Mérida, 1925). Destaca el caso de los monumentos de Mérida (Lám. 2,4,10,12,13,20,21,24,30 o 32) o Numancia (Lám. 33,35,41,43) yacimientos ambos donde sabemos excavó durante muchos años.

Pero Mérida era buen conocedor de la fotografía y sus posibles aplicaciones arqueológicas desde momentos anteriores. Ya en 1906 señalaba cómo "el arte, cuanto más inconsciente y más falto o desligado de tradiciones de escuela y de principios sabios, es más verdadero, y su expresión de la realidad más exacta. No es de extrañar, por lo tanto, que los aciertos de los decoradores de la región santanderina y de la Dordoña se hayan comparado justificadamente con los efectos que de la *fotografía instantánea* cuando sorprende y desarrolla ante nuestros ojos el galope de un caballo"<sup>5</sup> (Mérida, 1906, 19).

La fotografía permitía desarrollar uno de los métodos de investigación más comunes en la época: el Comparatismo. Este comparatismo le llevó a sugerir importantes interpretaciones históricas como: "Me asalta la sospecha de que las gentes que esbozaban en nuestra península el arte de la escritura fuesen originarias de Egipto" (Mérida, 1906, 21). Para hacer esta arriesgada sugerencia se apoyaba en la parte gráfica y en las semejanzas que ésta constataba.

A través del estudio de dos tumbas megalíticas de Antequera (Málaga) Mérida indicó las influencias que constataba entre las arquitecturas griega e indígena. Estudiadas a raíz de su descubrimiento por el arquitecto D. Ricardo Velázquez Bosco y por el arqueólogo M. Gómez-Moreno se habían atribuido, por éste último, a los tartesios. Mérida interviene explicando cómo "A mi modo de ver, los constructores de unas y otras que fueron fieles al sistema griego cuando las trazaron, se sintieron impotentes para seguirle al cerrar la bóveda o cúpula (...) llegaron a un punto en que no supieron o no se atrevieron a continuar los anillos (...) y para resolver de lleno la dificultad, apelando al sistema dolménico, cerraron la cámara con una grandísima piedra. (...) He aquí, en mi sentir, la prueba y razón del encuentro y mezcla de dos arquitecturas y, por consiguiente, de dos pueblos" (Mérida, 1906, 34). "Mi opinión (...) es que los monumentos de Iberia tuvieron su origen en la importación del sistema micénico" (Mérida, 1906, 39). La fotografía de la lámina IV de la obra era la prueba visual de esta argumentación que le llevaba a importantes, aunque erróneas, conclusiones histórico-culturales. Mérida concluía una supuesta convivencia entre los sistemas constructivos micénico e ibero y, por tanto, un cierto contacto o transmisión entre dos pueblos que, como el micénico y el ibero, nunca fueron coetáneos. La fotografía, como tantas otras veces, constituía la prueba visual demostrativa de su teoría.

- P. Bosch Gimpera.

La posición de Bosch Gimpera respecto a la fotografía creemos que queda bastante clara a partir de su estructuración de las actividades del *Institut d'Estudis Catalans* en el Anuari en 1921. La finalidad era "la investigación sistemática de la prehistoria y de la arqueología de la edad antigua de Cataluña y de todos aquellos lugares en los que se puedan encontrar elementos que ayuden a solucionar los problemas arqueológicos de Cataluña"<sup>6</sup> (Bosch, 1921, 6). Las actuaciones estaban, pues, orientadas a la definición -histórica y arqueológica- de una entidad concreta: Cataluña.

En los diferentes trabajos de campo había que generar minuciosamente la información -actes- necesarias. Debía incluirse aquí "todo lo que pueda ser interesante para el estudio de la estación acompañándolo de la necesaria ilustración gráfica, con planos, fotografías, croquis, etc. Estas actas han de constituir después la base de las publicaciones" (Bosch, 1921, 7). Como trabajos complementarios de las excavaciones destaca un *repertorio de fotografías* del material que no se encontraba en el Museo Barcelona. Con el fin de reconstruir otras comarcas de Cataluña, se realizaron estudios en diferentes museos y colecciones particulares como el Museo de Girona, de Tarragona, de Solsona, de Vich, de Lérida, de Olot, Sabadell, Manresa, Terrassa, Sant Feliu de Guixols. Las colecciones fueron objeto también de cuidadosos estudios, como en el caso de la colección Vidal, Cazorro, Bonsoms, Maspons, Sala de Vich, Camps de Guissona, Bosch de San Martí de Pallerons, etc. (Bosch, 1921, 23).

Por otra parte, Bosch recurrió, en sus publicaciones, a diferentes recursos más o menos usuales en su época. En su informe, junto a Colominas, de la Sierra de Tivissa, señalaba en el margen de algunas fotografías la ubicación exacta de los yacimientos a los que se refería en el texto (Bosch, Colominas, 1921-26, fig. 1). En otras ocasiones siguió las pautas de representación gráfica utilizadas en Europa y en otras ciencias como la antropología. Así, en su crónica de los hallazgos de El Palmar (Murcia) Bosch ofrece tres vistas de un mismo exvoto ibérico de bronce (Bosch, 1921-26, fig. 288). En repetidas ocasiones volverá a ofrecer diferentes vistas de una misma escultura, proporcionando así un acercamiento más completo -y por tanto más exacto- del objeto de estudio, facilitando instrumentos para la comparación.

Este sería un método, el comparativo, que el prehistoriador catalán utilizó frecuentemente. En su fundamental *El estudio actual de la investigación de la cultura ibérica* de 1929, Bosch señalaba el mayor nivel alcanzado por la cultura ibérica levantina respecto a la andaluza. Lo demostraba la mayor perfección y variedad de los tipos de esculturas en piedra y bronce, así como la mayor variedad y riqueza de los tipos cerámicos (Bosch Gimpera, 1929, 10). Llegaba a estas conclusiones mediante un método comparativo facilitado por la imagen fotográfica: "Esto se ve comparando las esculturas de piedra del sureste, esto es, la Dama de Elche, las figuras del Cerro de los Santos, el guerrero de Elche, las esfinges del Salobral y de Agost, las bichas y leones de Balazote y Bocairente, con las de Andalucía: por ejemplo, los relieves de Osuna, los leones de Baena y Córdoba, la esfinge de Villaricos y el relieve de Alcalá la Real" (Bosch Gimpera, 1929, 11).

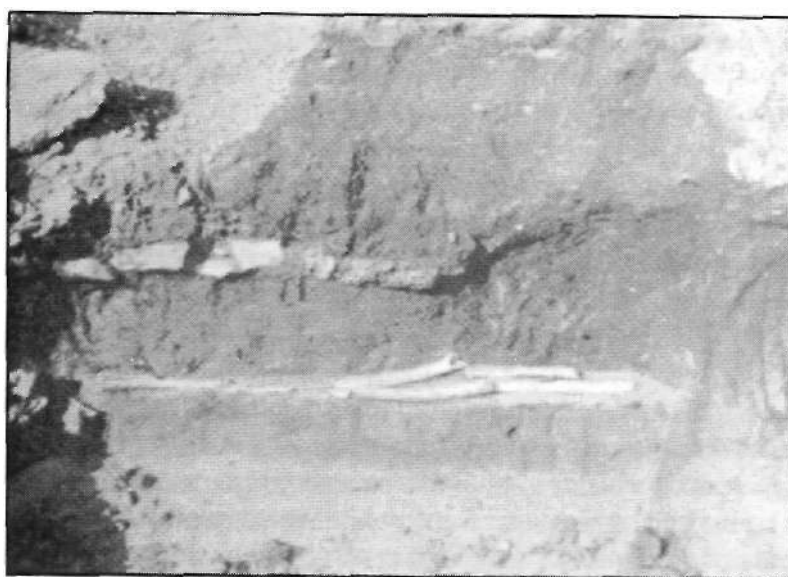


Fig. 7: La fotografía como transmisora de los avances metodológicos de la disciplina arqueológica. Estratigrafía de la importante necrópolis fenicio-púnica de Cádiz. Según Quintero (1929, lám. IVA).

#### 4. La Junta de Ampliación de Estudios y la extensión de la fotografía.

Una de las funciones asumidas por la Junta de Ampliación de Estudios fue, como es conocido, las becas al extranjero dedicadas a especializar o ampliar los estudios de licenciados. Esta novedad se inscribía dentro del ambiente de renovación de la época y quería facilitar el acercamiento a la ciencia occidental. Entre las becas concedidas encontramos también algunas referidas al conocimiento y perfeccionamiento de técnicas asociadas a la reproducción fotográfica en la prensa escrita. En este aspecto, como en otros, España no había gozado de un desarrollo y evolución semejante al de otros países de su entorno. Con el objetivo de remediar esta situación, la Junta concedió becas para aprender algunos de los métodos más significativos de la época mediante los que se podían trasladar la imagen fotográfica a la edición de libros, revistas, periódicos, etc.

Entre estos destacan Antonio Vázquez Pombo quien, en 1911, consiguió una pensión para estudiar fotgrabado, modalidad considerada de vanguardia y que obtuvo extraordinaria difusión hasta la aparición de la fotomecánica (Seseña, 1977, 561). Podemos destacar igualmente el caso de Demetrio González Monteserín, quien fue enviado a Francia a estudiar heliograbado al carbón, a la gelatina y a la sepia (Seseña, 1977, 561). Al mismo país se dirigió con su beca F. Viscat Albert entre 1912 y 1913 con la finalidad de estudiar procedimientos de fotgrabado e impresión (Seseña, 1977, 561).

#### CONCLUSIONES.

En el período 1898-1936 se produjo un considerable despertar institucional hacia los estudios del pasado. Se llegó, así, al establecimiento de los organismos nacionales que habrían de canalizar estos estudios. Esta reacción venía a ser respuesta a las múltiples protestas surgidas, desde hacía años, ante la salida y venta de antigüedades españolas al extranjero<sup>7</sup>.

Desde los años finales del s. XIX se había producido la constatación de las carencias que tenía la investigación sobre el pasado protohistórico peninsular. Es decir, la casi nula sistematización de que estas culturas prerromanas habían sido objeto. Fundamental y característico sería, en adelante, el intento de periodizar, de cambiar esta situación.

Uno de los cambios fundamentales fue el auge y defensa de la teoría sobre el autoctonismo de los iberos. Aunque gran parte de los autores siguió viéndoles como un pueblo foráneo, se potenció la idea de que los iberos eran la raíz cultural de España. Eran la anhelada y buscada esencia de lo español que los intelectuales del 98 pensaban se había mantenido a lo largo del tiempo y que pretendían captar y caracterizar. Aunque con un origen foráneo, su llegada a la Península se retrasó hasta el Paleolítico, es decir, en el principio del desarrollo humano en la Península. Parece necesario tener en cuenta que, en esta época, se sistematiza, se estructura y caracteriza la cultura ibérica desde esta perspectiva. Ilustrativo, igualmente, de cómo se intentó buscar y situar, en los iberos, las raíces de España, radica en la utilización de términos populares para la denominación de la cultura material ibérica. Lo nacional, lo español, era en gran parte también lo castizo. Ante la necesidad de definir lo ibérico las voces populares invadieron repetidas veces el léxico ibérico (Olmos, 1996, 46).

Esta llegada durante el Paleolítico se defendió pese a otras posturas contrarias como el francés Philiphont. Él señalaba cómo "después de haber ocupado la Galia durante un tiempo indeterminado, probablemente bajo el empuje céltico, *los iberos penetraron en el país* al que habrían de dar nombre. Este país estaba entonces bajo el poder de *Tartessos, pueblo egeo* de una cultura muy superior a la de los Iberos, que había entrado en la península por el estrecho de Gibraltar, después de haber estado en las costas septentrionales de África (Philiphont, 1909, XV). El citado autor retrasaba la llegada a la Península Ibérica "hasta el s. VIII a.C." (Philiphont, 1909, 312).

El período 1898-1936 constituye el momento del descubrimiento científico y de la percepción de que en el Protohistoria había existido -a pesar de las influencias coloniales- una cultura propiamente peninsular ante de la llegada romana. En una época de búsqueda y afirmación nacional, todos los grupos que buscaban afianzar y legitimar su poder político presente miraron al pasado intentando apropiárselo.

La fotografía sirvió para fijar ciertos estereotipos en un momento de paulatino descubrimiento de esa cultura. Permitió diferenciarla respecto a otras mediterráneas o coetáneas europeas. Aceleró su conocimiento, el intercambio de esas imágenes gracias a la correspondencia entre investigadores. Su intervención en el proceso permitió, por tanto, la elaboración de unas hipótesis científicas más documentadas. Facilitó la comparación, que al ser más directa se hizo mas precisa. Permitió un mayor "tecnicismo" que era demandado por el predominante método positivista.

Al mismo tiempo, el avance de las técnicas fotográficas permitió también una mayor incorporación de la fotografía al desarrollo de las investigaciones. La fotografía estará más presente, a partir de ese momento, tanto en el trabajo de campo como en los estudios de diferentes objetos. Al mismo tiempo, algunos notables y novedosos proyectos como el Catálogo Monumental de España promovieron con el establecimiento de condiciones la incorporación de la fotografía y su aprendizaje por parte de los investigadores. La realización del Catálogo tomaba el relevo de las grandes recopilaciones o *corpora* europeos.

La fotografía se adecuaba a las exigencias de rigurosidad de una ciencia que se caracterizaba, en España, por su carácter historicista y la adopción del método positivista. Frente a las vagas generalizaciones de épocas precedentes, los investigadores de principios de siglo subrayaron la necesidad de ceñirse a los datos, de aspirar a lo objetivo. En este proceso la fotografía se revelaba, una vez más, como un instrumento esencial.

Sin embargo, el encontrar una mayor aplicación de la fotografía en las obras de este período no significa una concepción más actual o moderna de la arqueología. Abundan, por ejemplo, en los años finales del s. XIX y durante las primeras décadas del s. XX, la reproducción fotográfica de epígrafes, monedas y grandes hallazgos escultóricos. Se acudía a la fotografía, sobre todo, a la hora de representar con exactitud estas piezas excepcionales. Se recurría a ella también desde objetivos y planteamientos de la tradición anticuaría. La fotografía tiene, por tanto, diferentes usos; pudo ser utilizada desde diferentes perspectivas y con diferentes propósitos. Más que su aparición, resulta indicadora de la concepción el uso y la utilización que de ella se hizo en una obra determinada.

A partir de principios del s. XX el discurso y las aspiraciones de las principales revistas científicas españolas había cambiado. En los ámbitos del arte y de la arqueología la presencia de la parte gráfica y, de modo creciente, de la fotografía, se fue haciendo cada vez más indispensable. El discurso parece buscar y necesitar en adelante la complementariedad de la parte gráfica. Ante una época de crecientes descubrimientos se hará cada vez más básico acercarlos visualmente al lector, permitir su comprobación científica mediante la fotografía. Nuevas y fundamentales revistas fundadas en estos momentos, como *Archivo Español de Arte y Arqueología*, concederán una importancia creciente a la parte gráfica.

La cada vez mayor aceptación de la fotografía tuvo como consecuencia una mayor difusión de ciertas piezas excepcionales. En ocasiones esta difusión ha hecho que estos únicos se tomaran por el paradigma y lo definitorio de esa cultura. Esta consideración remite, una vez más, a la influencia que ha ejercido la fotografía en los estudios arqueológico e históricos. Dentro de estas formulaciones, la llegada del pueblo ibero a la Península se retrasó respecto a las fechas que autores como Modesto Lafuente habían defendido en su *Historia de España*. Así, y si durante el siglo XIX se había considerado que los iberos habrían llegado a la Península Ibérica hacia el s. VIII a.C, con el nuevo siglo se tendió a conferirles una mayor antigüedad, retrasándolo hasta momentos de la Prehistoria como el Paleolítico (Bosch, 1928).

A pesar de estas influencias externas en la interpretación de la cultura ibérica la importancia que se le concedió se vislumbra en la valoración de la civilización ibera como definitoria de los pueblos peninsulares (Wulff, 2003). Por encima de los más desarrollados pueblos colonizadores mediterráneos, la especificidad hispana, catalana, andaluza, vasca o gallega era, en este momento, objeto de máxima atención por parte de los investigadores.

Fueron años, sin duda, de una mayor valoración de la especificidad ibera. Mérida, por ejemplo, apuntaba: "De manera que al ser sojuzgados por los romanos, que hubieron de tolerarles sus cultos, su idioma, sus costumbres y su arte, debían todo esto a invasores y colonizadores; debíanlo también a su propio esfuerzo y a sus peculiares aptitudes para asimilarse tales elementos y transformarlos: En una palabra, a la civilización que alcanzaban podían llamarla suya, ibérica" (Mérida, 1906).

En conclusión destacamos en el período 1898-1936 un esfuerzo por iniciar y concretar un proceso de modernización. Este proceso incluirá también la incorporación de la fotografía, como una técnica novedosa, a la arqueología. La fotografía se incorporó a la arqueología practicada por personas formadas en las más diversas disciplinas pero, también, en instituciones más recientes como el Centro de Estudios Históricos. Todos ellos, aún con una diferente concepción de la arqueología, eran conscientes de la necesidad de renovar sus técnicas y metodología, sus formas pero también sus objetivos. Todo ello debía acompañarse de un nuevo discurso en publicaciones y congresos, un discurso en el que la fotografía tendría mucho que decir.

Con el estudio y atención por los pueblos ibéricos se avanzó hacia una mayor valoración del componente indígena, de sus peculiaridades y rasgos intrínsecos, hacia la definición de los orígenes étnicos y culturales de los antiguos habitantes de *Hispania*. Este tipo de acercamientos se comprenden dentro de una concepción histórico-cultural de la arqueología y una visión esencialista -tan propia de 98- del discurrir histórico. En una época de crisis de identidad colectiva, la fotografía delimitó, difundió y caracterizó lo ibérico, tomado en la época por esencia y raíz de lo español, como ninguna otra técnica podía hacer. La imagen de la cultura ibérica, difundida paradigmáticamente en estas fotografías, contribuyó, pues, a la delimitación y definición de una cultura, de un pueblo del pasado que se quería hacer origen de la nación española.

## NOTAS

\* Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid. Carretera de Colmenar, km. 17. 28049 Madrid. E-Mail: [susana.gonzalez@uam.es](mailto:susana.gonzalez@uam.es). Este trabajo se inscribe dentro del Proyecto Estudio del Archivo gráfico de D. Antonio García y Bellido (1925-1975). Fotografía y dibujos. Clave: 03728DP.

<sup>1</sup> El primer intento de catalogación se produjo mediante el Real Decreto de 13 de junio de 1844, por el que se crearon las Comisiones Provinciales de Monumentos. Su misión era reunir información -textual y gráfica- de todos los edificios, monumentos y antigüedades de su demarcación territorial (González, Carrasco, 1999, 13).

<sup>2</sup> La cursiva es nuestra.

<sup>3</sup> Aunque éste utilice categorías positivistas del historicismo que pretenden alejarse lo más posible de la Filosofía de la Historia. Hinojosa adoptó posturas del historicismo a raíz de su viaje a Alemania en 1878, donde entró en contacto con la técnica historicista de Bernheim.

<sup>4</sup> Sobre todo escultóricos pero también grandes vasos cerámicos con complejas decoraciones figuradas como el vaso de los guerreros de Archena y el vaso Cazorro (Cazorro, 1909).

<sup>5</sup> Mérida se apoya en las observaciones publicadas con anterioridad por Salomón Reinach, 1903: "L'art et la magie" en *L'Anthropologie*, pp. 257, París.

<sup>6</sup> La traducción de los textos procedentes de Bosch (1921) es nuestra.

<sup>7</sup> Protestas canalizadas en buena parte por los artículos de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACUÑA, X.E., y CABO, J.L., 1995: *Fotografías de Galicia no Arxiu Mas*, Xunta de Galicia.
- ALLENDE SALAZAR, J.: "Excursión a Cuenca y a Uclés", *Boletín de la Real Sociedad Española de Excursiones*, (1905), pp. 137-152.
- ALTAMIRA, R., 1898: *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico*, Oviedo.
- ALTAMIRA, R., 1904: *Cuestiones modernas de historia*, Madrid.
- ALTAMIRA, R., 1956: *Los elementos de la civilización y del carácter españoles*, Buenos Aires.
- ANÍBAL ÁLVAREZ, M.; MÉLIDA, J.R.: "Un monumento desconocido. La ermita de san Baudelio en término de Casillas de Berlanga (provincia de Soria)", *Boletín de la Real Sociedad Española de Excursiones*, (1905), p. 144- 155.
- AYARZAGÜENA SANZ, M., 1992: *La Arqueología Prehistórica y Protohistórica Española en el s. XIX*, UNED, Madrid.
- BOSCH GIMPERA, R, 1921: *Memoria deis Treballs de 1915-1919, Investigacions Arqueològiques de l'Institut d'Estudis Catalans*, Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P. y COLOMINAS, J.: "Explorado de la Serra de Tivissa", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, (1921-26), Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, R: "Crónica: Museus: Troballes del possible santuari iberic de Sant Antoni el Pobre ("el Pañamar" Murcia) ingressades al Museu de Barcelona", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, (1921-26).
- BOSCH GIMPERA, R, 1928: *Los antiguos iberos y su origen*, Madrid.
- BOSCH GIMPERA, R, 1929: *El estudio actual de la investigación de la cultura ibérica*, Madrid, T.XCIV.
- BOURDÉ, G; MARTIN, H., 1983: *Les écoles historiques*, París.
- CARPENTER, R., 1925: *The Greeks in Spain*, Pennsylvania.
- CAZURRO, M.: "Fragments de vasos ibériques d'Ampurias", *Anuari del Institut d'Estudis Catalans*, II (1909) pp. 551-562.
- CHÉNÉ, A.; FOLIOT, PH.; RÉVEILLAC, G, 1999: *Lapraïque de laphoiographie en archéologie*, Edisud.

- DORADO, R: "Sobre el carácter científico de la historia", *La Lectura*, (1908), Madrid.
- GAMERO MERINO, C., 1988: *Un modelo europeo de renovación pedagógica: José Castillejo*, CSIC, Madrid.
- GARCÍA DE VALDEAVELLANO, L., 1977: "Historiadores en la Institución", en VV.AA., *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, p. 81-87, Madrid.
- GÓMEZ-MORENO, M.: "Arquitectura tartesia: la necrópoli de Antequera", *Boletín RAH*, (1905), pp. 81-132.
- GÓMEZ-MORENO, M., PIJOAN, J., 1912: *Materiales de Arqueología española. Cuaderno primero. Escultura greco-romana-Representaciones religiosas clásicas y orientales-Iconografía*, Madrid.
- GÓMEZ-MORENO, M.E., 1983: "Prólogo", en Gómez-Moreno, M., *Catálogo Monumental de la Provincia de Avila*, Ed. Morena y Pérez Higuera, Ávila.
- GONZÁLEZ GÓMEZ, J.M.; CARRASCO TERRIZA, M.J., 1999: *Catálogo Monumental de la Provincia de Huelva*, Vol. 1, Huelva.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., FRUTOS, E. de., 1997: "Arqueología y Museología: La génesis de los Museos Arqueológicos", en Mora, G y Díaz-Andreu, M., *La cristalización del pasado: Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, pp. 141-147, Málaga.
- JIMÉNEZ-LANDI, A., 1977: "Científicos de la Institución Libre de Enseñanza", en VV.AA., *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, p. 89-101, Madrid.
- LAFUENTE, M., 1850-1864: *Historia General de España: desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, Madrid.
- LECEA, T. de 1988: "La enseñanza de la historia en el CEH: Hinojosa y Altamira", en J.M.Sánchez Ron, (ed.) 1907-1987: *La Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, p. 519-534, Madrid.
- LEÓN, R, 1993: "Las ruinas de Itálica. Una stampa arqueológica de prestigio", en Beltrán, J., y Gaseó, F. (eds.), 1993: *La Antigüedad como argumento. Historiografía de la Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, pp. 29-61, Sevilla.
- MACPHERSON, J., 1870-1871: *La Cueva de la Mujer. Descripción de una caverna conteniendo restos prehistóricos descubierta en las inmediaciones de la Alhama de Granada*, Imprenta de la Revista Médica, Cádiz.
- MACPHERSON, J., 1876: *Los habitantes primitivos de España*, Madrid.
- MÉLIDA, J.R.: "Ídolos Ibéricos", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, III, (1897), pp. 145-153.
- MELIDA, J.R., 1906a: *Las esculturas del Cerro de los Santos*. Cuestión de autenticidad, Madrid.
- MELIDA, J. R., 1906b: *Iberia arqueológica ante-romana*, Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del limo. Sr. D. J.M. Mélida el día 8 de diciembre de 1906, Madrid.
- MÉLIDA, J.R., 1915: *El arte antiguo y el griego*, Madrid.
- MELIDA, J.R., 1925: *Monumentos romanos de España*. Noticia descriptiva, Madrid.
- MENÉNDEZ PIDAL, J., 1977: "La enseñanza de la Institución, vista por una alumna", en VV.AA., *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, p. 75-80, Madrid.
- MERGELINA, C, 1925-26: "Bobastro. memoria de las excavaciones realizadas en las mesas de Villaverde. El Chorro (Málaga)", en *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, Madrid.
- MORÓTE, L., 1900: *La moral de la derrota*, Madrid.
- OLMOS, R., 1996: "Una aproximación historiográfica a las imágenes ibéricas. Algunos textos e ideas para una discusión", en Olmos, R.(ed.), *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, pp. 41-59, Madrid.
- PARÍS, R: "Ornement de bronze trouvé á Marchena (Andalousie)", *Bulletin Hispanique*, (1899), pp. 33-37.
- PICATOSTE, F., 1882: *Manual de fotografía*, Madrid.

- QUINTERO, R., 1929: *Excavaciones en Extramuros de Cádiz. Memoria de las excavaciones practicadas en 1928*, en Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, núm. gral. 99, Madrid.
- RIEGO, B., 1996: "Apariencia y realidad: el documento fotográfico ante el tiempo histórico", en La imatge i la recerca històrica. *Ponències i comunicacions*, 4as Jornades Antoni Vares, pp. 188-202, 19-22 de noviembre de 1996, Gerona.
- RUIZ MATA, D. 2001: "Tartessos", en Almagro-Gorbea, M. et alii., 2001: *Protohistoria de la Península Ibérica*, pp. 1-190, Madrid.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C., 1973: "Frente a una supuesta falla creacional de los españoles", en *El drama de la formación de España*, Barcelona.
- SESEÑA, N., 1988: "Los becarios de arte de la JAE", en J.M.Sánchez Ron, (ed.) 1907-1987: *La Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, p. 557-585, Madrid, CSIC.
- VÁRELA, J., 1999: *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Taurus.
- VV.AA, 1927: *A guide to the cave of Altamira and the town of Santillana del Mar*, Madrid.
- WULFF ALONSO, F., 2003: *Las esencias patrias: historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (s. XVI-XX)*, Crítica, Barcelona.